



LA VETERINARIA ESPAÑOLA,

REVISTA PROFESIONAL Y CIENTÍFICA.

(CONTINUACION DE EL ECO DE LA VETERINARIA.)

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20, Y ÚLTIMO DE CADA MES, EN COMBINACION CON UNA BIBLIOTECA DE OBRAS ESCOGIDAS DE LA CIENCIA.

PRECIOS DE SUSCRICION. Al periódico y á las obras en Madrid, un mes 6 rs.; tres meses en provincias 18 rs. (ó 42 sellos de franqueo); un año en Ultramar 90 rs., y 100 por otro en el extranjero. A una sola publicacion, los dos tercios del precio señalado en cada punto; solo se admiten sellos de los pueblos en que no hay giro; y aun en este caso, abonando siempre á razon de 44 sellos por cada 6 rs.

PUNTOS Y MEDIOS DE SUSCRICION. En Madrid, en la Redaccion, calle Postigo de San Martin, núm. 20, cto. tercero. En provincias, por conducto de corresponsal ó remitiendo á la Redaccion, en carta franca, libranza sobre correos ó el número de sellos correspondiente.

PATOLOGIA Y TERAPÉUTICA.

Lujacion del menudillo.—Curacon.

Don Elias Bernaldo de Quiros, vecino de esta corte, me avisó el dia 19 de abril último, con el fin de que prestara mis auxilios á un mulo de su propiedad, negro peceño, castrado, 7 cuartas y un dedo, de temperamento nervioso y con destino al tiro pesado.

A mi llegada se encontraba el animal en la estacion forzada, ofreciendo el siguiente cuadro de síntomas: Pulso acelerado y lleno, conjuntivas inyectadas, batimiento continuo de los ijares; el pié izquierdo en flexion y apoyando con la parte anterior del casco, cuartilla y region metatarsiana. Practiqué en seguida la exploracion de dicho pié, y hallé que era imposible su apoyo normal en el terreno, por más esfuerzos que para lograrlo se emplearan; notándose ya una disposicion insólita en las relaciones de contacto que deben guardar entre sí los huesos de la articulacion metatarsiana, y acusando el animal vivísimos dolores en este sitio.—Para robustecer mis sospechas hice que condujeran el mulo del conzal y al paso un corto trecho; y entonces se le vió llevar el pié arrastrándolo con gran trabajo y apoyándolo de la manera indicada. Diagnostiqué, pues, el padecimiento que sirve de epígrafe á este escrito.

Interrogado el mozo conductor, me dijo: Que el macho objeto de esta observacion iba en varas ti-

rando de un carro con mucho peso, y dió una caída subiendo una calle de bastante cuesta. Se le levantó con gran dificultad; y notándose la posicion que habia adquirido el pié izquierdo y los dolores intensos que el animal revelaba, hubo que desistir de ponerle otra vez en los tiros. Por último, le llevaron á su cuadra, y durante este tiempo fué la marcha del animal lenta y penosa.

Tratamiento. Baños repercursivos, empleados con frecuencia y por espacio de 16 horas, para evitar el incremento del estado inflamatorio local, y para hacer luego más practicable las manipulaciones á que habia de recurrir.—Tendido después el animal, y convenientemente sujeto, verifiqué, con el auxilio de ayudantes, la extension, contraextension y coaptacion de los huesos dislocados, no sin considerables esfuerzos, y habiendo tenido lugar de percibir distintamente el choque particular que caracteriza á la entrada de las eminencias huesosas en las cavidades que normalmente las reciben y de donde accidentalmente han sido desviadas.—Aplicado el vendaje y puesto el animal de pié, fué conducido á su plaza, practicándose allí una sangría como de dos litros, y ordenando yo que se le tuviera á dieta, con buena cama de paja, en quietud perfecta y dándole para beber agua en blanco acidulada.

Dia 11 del tratamiento. Los movimientos ejecutados por el macho para echarse y levantarse, y la circunstancia de haber desaparecido parte de la inflamacion, son causa de que el vendaje se encuentre



flojo.—Se fomenta el apósito con agua almidonada durante aquella noche, y se consigue así dejar el vendaje adaptado firmemente. Se empieza á dar algun alimento.

Día 16. Se inicia la posibilidad del apoyo con las lumbres del casco.—Suspension de todo tratamiento externo. Alimentacion aumentada.

Día 24. Es casi completo el apoyo del pié en el terreno.—Paseo corto, continuando y aumentando este ejercicio, hasta el dia 31.

Día 31. Levantado el vendaje con las precauciones necesarias, se advierten en la piel tres pequeñas rozaduras, que la compresion del mismo ha ocasionado, y para cuya curacion fué bastante el cubrirías con polvos de alumbre calcinado.

Al dia siguiente fué el macho enganchado nuevamente al carro. Claudicó algun tanto por espacio de diez dias, pero, sin dejar de trabajar y sin cuidados especiales, curó al fin radicalmente.

He resuelto publicar esta observacion por dos razones: para corroborar más y más la doctrina de que no siempre son mortales las luxaciones en nuestros grandes animales domésticos; y para añadir otro dato á los que comprueban la eficacia del vendaje inamovible aconsejado, para casos análogos, por M. Delwart en su excelente *Diccionario de medicina veterinaria práctica*.

Madrid y octubre de 1862.

PEDRO PEREZ BUSTOS.

VARIEDADES.

LAS MÁQUINAS AGRÍCOLAS

EN LA EXPOSICION DE LÓNDRES.

De una interesantísima revista que con el título de «ESPAÑA EN LÓNDRES» está publicando la *Gaceta*, tomamos el siguiente artículo, que, cuando menos, tiene el mérito de patentizar parte del lamentable atraso en que yacen sepultadas nuestra enseñanza y sobre todo nuestras prácticas agrícolas,

Vergüenza dá, efectivamente, el considerar en qué lugar tan infimo y miserable nos hallamos colocados en cuanto se refiere á progreso útil y positivo. Mas, por desgracia, solo tenemos la perspectiva de que la causa de nuestros males dista mucho

de haber sido comprendida por los gobiernos ni por nadie. Porque ¿quién no ha de deplorar la extraviada senda que sigue el gobierno en las reformas que emprende cuando se le ve, por ejemplo, suponer que ha zanjado alguna gran dificultad con el propósito de crear cátedras y más cátedras de Agricultura incorporadas á los Institutos de segunda enseñanza? ¿Qué han de hacer esos Catedráticos? ¿Para qué van á servir sus lecciones? ¿Qué valor, que significacion han de tener en Agricultura práctica esas tandas de jóvenes, á quienes se les obligará á comprender en sus certificados de prueba de curso otra asignatura más sobre las muchas que creen haber estudiado y que, sin embargo, ni aun conocen? ¿Y qué se ha de pensar de un público que acepta y hasta bendice como salvadora semejante idea, y de una prensa política que, en su pretension de entender de todo, juzga en todas las cuestiones con tono autorizado, y aplaude y ensalza el mismo pensamiento?... Lo que nosotros opinamos en esta materia, es que caminamos equivocadamente; en cuyo acerto nos confirmaria, si necesario fuese, la lectura del artículo que vamos á transcribir, por revelarse en su autor un excelente criterio, un talento clarísimo, una instruccion general y alguna vez profunda, y á pesar de tan relevantes dotes, una ignorancia completa del mismo asunto que se propone ventilar.

Empero dejaremos estas reflexiones para mejor ocasion, que tal vez llegue á hacérsenos indispensable aclarar en debida forma las diversas proposiciones vertidas en estas pocas líneas.

Hé aquí el artículo á que nos referimos:

«Un publicista francés, criticando la gran revista que el Gobierno provisional de la república pasó en el campo de Marte de Paris en 1848, revista que, segun el cálculo de los Mariscales, ascendió á más de 400.000 hombres, decia que hubiera comprendido semejante multitud de armados si, en vez de fusiles, bayonetas y sables como ostentaban todos, hubiesen hecho gala de pasear por delante de los reformadores modernos una coleccion de instrumentos industriales y agrícolas. Este espectáculo le parecia más propio de la revolucion del siglo XIX.

Y en efecto, para los que consideren paradójica la frase del publicista francés, por dudar, entre otras cosas, de que existieran arsenales donde proveer de armas pacíficas á tal muchedumbre de trabajadores, no habria si no asomarles al parque de Battersea en Lóndres durante los últimos dias de Junio, para que se maravillasen de la prodigiosa cantidad de máquinas y utensilios con

que la inagotable inventiva del hombre ha dotado en estos últimos años á la Agricultura. Allí había instrumentos, no para armar á 400.000 hombres, sino á dos terceras partes de los humanos; pues aun cuando el extenso recinto dedicado á esta especial exhibición no contenía más que los modelos de los artículos que se habían inventado, con decir que estos eran 5.064 de diferentes géneros y aplicaciones, se habrá dicho las cantidades en reserva que tendría inventores y fabricantes para ofrecer al inmediato uso del labrador.

¡Cinco mil sesenta y cuatro especies diferentes de máquinas y utensilios de labranza! ¡Pasmoso guarismo que apenas figura, sin embargo, en la aritmética de los agricultores españoles!

En este arsenal de armas pacíficas es donde nosotros nos hemos acordado más de nuestra patria.—¿Será posible (decíamos) que aquel hermoso país, tan rico en zonas fructíferas, tan abundante en terrenos privilegiados, tan fastuoso á veces en producciones de la naturaleza no necesite ninguna de estas máquinas? ¿Será posible que estén tan equivocados estos ó aquellos labradores, los unos para no saber moverse sin estos utensilios, los otros para no poder moverse cuando los toman en la mano? ¿Será posible que las labores practicadas con estos instrumentos no sean mejores, más abundantes y más baratas que las que se practican con los primitivos y toscos de nuestro país, como cree la generalidad de nuestra gente del campo?

Y nuestra imaginación se perdía en conjeturas, meditando á veces en si toda aquella inmensa pradera cubierta de ingeniosísimas y sorprendientes máquinas sería uno de estos bazares de juguetes de niños, abiertos al público para codicia de padres y encanto de pequeñuelos, que la fantasía agrandaba por existir en medio de tan gran ciudad.—Pero recordábamos después que al pasar por los campos de Picardía en Francia, de Folkestone en Inglaterra, de Waterloo en Bélgica, y generalmente por todos los campos de todas partes desde la vertiente del Pirineo, los labradores de aquellas comarcas, á más de diferentes a los nuestros por su traje, eran diferentes también por la forma de sus acciones sobre la tierra, por el utensilio que tenían en la mano, por la dirección que daban á sus movimientos. De vez en cuando un peloton de mujeres cercaban una cosa como á modo de carro que se movía sin bueyes ni mulas, tras del cual los haces de mies brincaban del suelo para ir á caer dentro del vehículo. Otras veces una rafaga de humo espeso se dibujaba por el campo, corriendo en direcciones oblicuas tras de un trabajador que parecía montado en la chimenea de una estufa. Al borde del camino, dos chicuelos jugaban como á pasearse el uno al otro sobre unas tablas, debajo de las cuales desaparecían las matas secas de los rastros, como si una mano oculta se las llevase con mágica presteza. Aquí, una especie de manga regaba la semilla; allá, una especie de sable degollaba el fruto: por todas partes, decíamos, las acciones y los movimientos eran extraños; pero ¡cosa rara! los campos parecían jardines; la vegetación potente y vigorosa contrastaba con lo endeble y pálido del terreno; ni una colina, ni un bache, ni una ladera dejaban de pagar su tributo de producción al

dueño de la heredad; los animales campestres, circunscritos al lugar en que no eran dañosos, pacían con absoluta independencia de árboles y sembrados; las tablas de frutos diferentes estaban cortadas con la vistosa simetría y estudiada igualdad con que los malos pintores dibujan los paisajes; más de una vez nos hicieron la ilusión aquellos campos, de que una señorita salta por la mañana con sus tijeras á igualar las puntas de las matas mientras otra detrás les sacaba lustre con un pañuelo de nipsis.

Y no hay que burlarse de esta nuestra figuración; pues es preciso ver los campos de Inglaterra, observar su cultivo, seguir las inflexiones de su laboriosa composición para poder formarse idea de lo que la civilización, el trabajo y los medios mecánicos producen sobre la tosca y accidentada corteza del globo.—«Si estos hombres (volvimos á decirnos), en vez de un terreno ingrato y de naturaleza casi estéril; en vez de un clima cruel, cuyas intemperies son igualmente hostiles á criaturas y sembrados; en vez de esa capa de zinc que les cubre el cielo, obligándoles á fabricar el sol con esponjas subterráneas y braseros de carbon de piedra, tuviesen tabullas como las de Murcia, fanegas como las de Castilla, hazas como las de Andalucía, robadas como las de Navarra, y un sol, un aire y una luz como los de España toda, ¿qué harían? ¿qué producirían? ¿qué tesoros no extraerían del seno de la tierra?»

Adelantémonos á protestar contra un dicho de origen bárbaro que anda de boca en boca para contestación de esas preguntas.—«Si ellos tuvieran ese sol y ese campo y esa riqueza madre (dice el vulgo) harían poco más ó ménos lo que nosotros: tenderse á la bartola mientras nace la fruta, y comérsela después para dormir en seguida.»

Pero ¡qué error tan grave encierra esa vulgar proposición!—Nosotros hemos podido oirla desde hace mucho tiempo sin protestar enérgicamente contra ella, porque estábamos incomunicados con el resto del mundo; y el mundo que no paraba mientes en nosotros, lo cual, lejos de envanecernos por lo que ello tiene de independencia debe más bien lastimarnos por lo que significa de desden, dejaba que existiéramos como los países amurallados, que, en cambio de una tranquilidad ignorante, gozan al parecer de una falaz abundancia. Pero en cuanto el comercio de la civilización y las comunicaciones de la cultura social rompen las murallas de los pueblos, como se han roto nuestras murallas; en cuanto el visible progreso de nuestro país nos llama á la comunión de las naciones prósperas y opulentas, lo cual, si tiene mucho de placentero, tiene más todavía de útil y beneficioso, entonces vienen de fuera á llevarse esa hermosa fruta que les falta para consumirla en cambio de otros productos, ó mejorarla y volvérsela á traer en cambio de nuestro propio dinero; cualquiera de cuyas extracciones minora la existencia y encarece el precio, dando por resultado que quien un día pudo dormir en la confianza de que al despertar se encontraría la fruta pendiente del árbol sobre su boca, despierta hoy con la sorpresa de que entre su boca y la fruta está el cesto del comerciante, que se la lleva toda entera á donde la pagan.

No, no hay riqueza donde hay abundancia, ni es nación rica la nación fértil, como esta abundancia y fertilidad no estén acompañadas del trabajo del hombre. El trabajo es la única riqueza positiva, tanto más, cuanto en mejores condiciones se emplee sin duda alguna; pero el trabajo siempre; pues la abundancia y la fertilidad sin él no es la teoría de la civilización, es la teoría de los africanos que comen harina y beben leche, es la teoría de los asiáticos que comen arroz y mascan ópio, es la teoría de los pampas de América, que enlazan una res y luego no tienen sal para condimentarla. La Europa con ser ménos fértil que las otras partes del mundo, es la más rica porque trabaja más. España, con ser la nación más fértil de Europa, es la más pobre porque trabaja ménos.

Un día pudo decirse: «no trabajamos más de lo que necesitamos,» pero era porque estábamos solos; ahora estamos acompañados del concierto europeo y queremos disfrutar sus ventajas y consumir sus productos, y usar sus manufacturas, y obtener sus comodidades, y vivir con desahogo, todo lo cual nos cuesta nuestro dinero ó nuestro fruto, que es la misma cosa.—Hace 20 años que una fanega de trigo en Castilla valia 20 rs.: ahora vale 40 cuando está barato, y 50 y 60 y más en años de mediana cosecha: en cambio entónces el agricultor ganaba 2 rs. y medio y dormía en el establo, y ahora gana 10 reales y duerme en colchón de lana. Dentro de poco el trigo encarecerá más en Castilla, y el agricultor comerá carne todos los días, y usará camisa blanca de algodón y pantalones de paño fino, y mandará a sus hijos a la escuela, para todo lo que necesitará 16 ó 20 rs. de jornal; la abundancia del trabajo sostendrá estos precios; los brazos escasearán por consiguiente como ya escasean; se harán nuevas roturaciones y se necesitarán más brazos; se llevarán de Castilla mayor cantidad de trigo; vendrán de fuera mayores cantidades de dinero; crecerá, en fin, con siderablemente la abundancia y la fertilidad, pero habrá un desequilibrio entre el precio de la mano de obra y el precio máximo del valor de las mercancías: ¿qué hacer entónces? ¿Desvastaremos las tierras? ¿Cegaremos los canales que se están abriendo? ¿Pondremos una muralla en las fronteras para que los extranjeros no nos traigan la felicidad.

Entónces lloraremos por no tener máquinas, entónces maldiremos de esa frase que se pronuncia hoy con la sonrisa de la satisfacción:—«¿Para qué trabajar si la naturaleza produce mucho?»

Las máquinas han venido en auxilio del hombre para proporcionarle ese aumento de trabajo que él necesita sobre el suyo propio, con el fin de satisfacer sus necesidades. Al paso que una ayuda prodigiosa, son un nivelador justísimo de las exigencias extremadas: cuando el hombre ha pedido mucho por trabajar, viene una máquina que modera sus pretensiones; y nunca hay ni habrá mas máquinas que las que se necesitan para esta nivelación, porque el hombre no descubre nada hasta que lo necesita. Las máquinas, por consiguiente, no ofenden á nadie más que á la injusticia, ni producen daño alguno al trabajador; antes bien le facilitan el trabajo y rinden mayores utilidades al dueño para que pague mejor

ese trabajo mismo. Oponerse á las máquinas es una barbarie: no usarlas es un suicidio. (Se continuará.)

GACETILLA.

BASTA Y SOBRA.—Aunque con mucho sentimiento, á instancia de varios amigos, vamos á dirigir dos palabras al señor Carretero. Este señor se ha empeñado en calumniarnos sosteniendo que hemos dicho lo que no es verdad. El que lea nuestro periódico y *El Monitor* podrá convencerse de que el señor Carretero falta á la exactitud de los hechos al asegurar que *LA VETERINARIA ESPAÑOLA* ha declarado inútil el trabajo de la mula; que la mula es digna de ser exterminada porque fue la cabalgadura predilecta de los frailes; y otras barbaridades por el estilo.

Ahora bien: dados estos antecedentes, solo podemos y debemos contestar al señor Carretero que á sabiendas, ó por no entender lo que ha leído, comete al interpretarnos errores de bulto; cuyos errores, si son de buena fé, dan compasión; y si cometidos de intento, solo inspiran desprecio.

El señor Carretero es alumno de la escuela que dirige don Nicolás Casas, y escribe y ha escrito en el periódico que redacta y dirige don Nicolás Casas. Prosiga enhorabuena el señor Carretero en su doble ocupación de alumno y de escritor, que indudablemente alcanzará grandes laureles. Mas permítanos que no volvamos á ocuparnos de sus trabajos científicos ni de su persona.

Basta, pues, y sobra de contestación en un asunto que tanto nos repugna. Pero advertimos á *El Monitor de la Veterinaria* que, contra la delicadeza de nuestra educación y sentimientos, cada número suyo que, de hoy en adelante, contenga alusiones injuriosas ó calumniosas para nosotros, cada número de esos, repetimos, va á ser objeto de una demanda judicial.—Se lo advertimos para que nadie tenga derecho á decir luego que promovemos escándalos profesionales.

Hemos afirmado diferentes veces que no leemos *El Monitor* más que cuando, por deferencia, damos gusto á algún amigo. Nadie extrañará, por consiguiente, que calificamos de cobarde y miserable cualquiera agresión personal que, sabiendo la predicha circunstancia, se nos dirija en ese periódico.

L. F. GALLEGOS.

Editor responsable. LEONCIO F. GALLEGOS.